

greso, con tanto quijotear. Si, en efecto: basta con lo dicho para probar que este nombre le conviene *Conveniunt rebus nomina saepe suis.*"

"Ustedes, señores, como tan sabios y entendidos determinarán si se le debe acomodar." Dixi.

Celebraron todos el gran talento, juicio y madurez de su presidente el señor Carrasco, y *nemine discrepante resolvieron ponerle el nombre de QUIJOTITA, y se extendió el honorífico diploma.*

Ya todo está hecho, dijo el Zorro; pero no basta que nosotros sepamos que Pomposa se llama Quijotita, es menester que lo sepa ella; y que lo sepan todos cuantos puedan. Para esto es necesario decirselo no á secas, sino con un versito que le guste. Este maldito *Alambique* es medio poeta, y él nos sacará del cuidado.

Soy contento, dijo el *Alambique*: ¿y que se puede perder por servir á ustedes y á la bella Quijotita? A ver el tintero para acá.....

En menos de dos minutos escribió el poeta una decimita que á todos les gustó, y él dijo: Ya el verso está hecho, ahora ¿quién le pone el cascabel al gato? ¿quién lo lleva, y cómo se le da? porque á tanto no me arriesgo yo.

No hay que apurarse, dijo Sanson: el Zorro nos sacará de este cuidado, pues siempre los zorros son astutos. Amen, amen, amen, contestó el humilde Zor-

rito; y quedaron de acuerdo en que lo llevarian el primer juéves: que irian todos los siete juntos, y para que no pudieran culpar á ninguno de ellos, ni venir en conocimiento de que eran los autores del pasquin, llevarian otros cuatro compañeros mas, con eso habia muchos de quien pudieran sospechar, y ellos, los tertulios de la casa, echarian la culpa á los nuevos compañeros que llevaran, en caso de que la Quijotita ó su mamá les reconviniera. En esto quedaron, cuando la campana les avisó que era hora de cenar, y se fueron corriendo al refectorio.

CAPITULO III.

En el que se cuenta una conversacion que tuvo el coronel con su sobrina Pomposa y la gran cólera que hizo esta cuando supo que le habian puesto Quijotita.

AL dia siguiente fué Pomposa, alias la Quijotita, á visitar á Pudenciana, para que le hiciera un cordón de chaquira, de que colgar un retrato suyo. Estaban las dos muy divertidas mirando la miniatura, cuando entró el coronel á su cuarto, y le dijo Pudenciana: Mira papá, y qué bonito está el retrato de Pomposa. Si está, en efecto, y ya quisiera tu prima parecerse en todo al retrato.—¿Pues qué el retrato no se parece á mí? dijo Pomposa. El se parece á tí, le respondió su tío; pero tú no te pareces á él, porque

el retrato tiene dos ventajas que tú no tienes. La primera, es que está muy bien asegurado con el cerco y no le da ni el polvo, por estar debajo de vidrios: y tú no tienes mucha seguridad. ¿Con quién veniste?—Con la recamarera.—¿Y tu madre par qué no vino contigo?—Porque estaba ocupada.—Cualquiera ocupacion importa menos que acompañarte, y no dejarte andar sola en la calle. ¿Pues no le digo á usted que no vine sola, sino con la recamarera?—¡Grande persona para que te cuide!—¡A Dios, tío! ¿Pues qué me ha de suceder?—¿Cómo qué? darte un tropezon.—¡Qué tropezon me he de dar! Si ya soy grande.—Por lo mismo. Las niñas grandes son las que tienen mas riesgo de tropezar, y cuando en uno de esos tropiezos caen de espaldas, no sanan del golpe en su vida.—Pues yo tendré cuidado de no caerme, tío.—Dios lo quiera.—¿Y no dice usted cuál es la otra ventaja del retrato?

¿Por qué no? mira: El retrato, guardadito como está, puede durar cuarenta ó cincuenta años sin que se le bajen los colores, ni se le entristezcan los ojos. De aquí á ese tiempo estará tan bonito] como ahora, pero tú, si vives entonces, ya serás una vieja arrugada, y regañona. ¿Dime si uo quisieras parecer-te al retrato en la conservacion de tu hermosura.

Es verdad tío; pero yo he oido decir, que la que es buena moza es buena vieja.—Eso has oido decir tú;

mas yo no he visto ninguna vieja que sea buena moza. Todas las viejas son viejas, y ninguna es bonita. La belleza de las mugeres tiene tres enemigos, y ninguna se escapa de caer en manos de alguno de ellos. O la enfermeced, ó la vejez, ó la muerte, dan cuenta de ese frágil don de la naturaleza. Una fiebre, unas viruelas mal asistidas, ú otro accidente, de la noche á la mañana dejan fea á la muchacha mas bonita; si no es esto, y viven sanas las hermosas, los años les arrancan los dientes, les emblanquecen el pelo, les pliegan y manchan el cutis, y las desfiguran de modo, que ni ellas mismas se conocen al verse en el espejo. Solo una muerte temprana las libra de caer en la fealdad.

¡Ay, tío! pues mas que me muera yo muchacha, como no me ponga fea.—Esa es mucha presuncion, hija mia: estás muy pagada de tu hermosura; pero no te engañes. Mejor es que conserves la belleza de tu espíritu que la de tu cuerpo. Esta es una prenda de la naturaleza, que debes apreciar, y darle por ella infinitas gracias á su autor; pero no debes de ninguna manera fiar tu felicidad en tu carita.

La belleza de las mugeres puede ser el origen de sus dichas ó de sus desgracias temporales, segun el uso que hicieren de ella; pero como por lo comun, hacen mal uso, se sigue, que apenas hay bonita que no sea desgraciada, especialmente entre las pobres.

La carita hermosa es el iman de infinitos seductores: estos cercan al dueño, y tratan de poner todos los medios para rendir su honestidad y su recato. Si entre estos medios se cuentan las dádivas, y las promesas de parte de los hombres, y la necesidad de parte de las mugeres, será casi un milagro hallar entre mil de estas una siquiera, que tenga la firmeza necesaria para resistir tan poderosa tentacion.

Por lo regular estas bonitas se rindén muy fácilmente, y rendidas á uno, despues son el estropajo de todos. Andan de mano en mano como en el juego de los dados; y este es el modo mas corriente con que se labran su desgracia.

Las hermosas ricas no están muy libres de estos peligros. Tambien se ven acosadas de enemigos que las seducen incesantemente, aunque el maldito interés no influye en ellas tanto. Este medio inicuo tan poderoso cuando se encuentra con la necesidad de la muger, no tiene fuerza ninguna, ó á lo menos se debilita mucho cuando esta no conoce la pobreza: por eso pienso yo que hay menos ricas infelices que pobres.

¿No has oido decir que *la fortuna de la fea la bonita la desea*? Pues esto no significa otra cosa, sino que hay algunas mugeres que no habiendo logrado de la naturaleza unos rostros hermosos, se dedicaron á cultivar su espíritu con la virtud y la instruccion para

hacerse amables de los hombres: y como estos, cuando son prudentes, solicitan mejor para casarse una muger que no una miniatura, de ahí es, que muchas de estas no bellas encuentran algunas veces unos hombres de bien que las estimen, conociendo el mérito que tienen, y de esta suerte puede una fea (1) labrarse su fortuna; fortuna que deseará tal vez una bonita, que no teniendo mas atractivo que su cara, pasa mala vida, ó porque habiéndose concluido los días de su belleza, la aborreció el marido, que solo se casó con ella por bonita, ó porque, el marido que pasa una vida tan amarga, ¿se la dará muy dulce á su muger?

De todo lo dicho debes sacar dos consecuencias, y asentar un principio, que te será muy útil en el discurso de tu vida. Primera: que siendo la belleza de la muger un bien tan fugaz, tan frágil, que se pierde con cualquiera grave enfermedad é infaliblemente con la vejez, será harta imprudencia fiar en ella una felicidad constante. Segunda: que los defectos del cuerpo se hacen muy tolerables, compensados con las perfecciones del espíritu; pero los defectos de una alma grosera y corrompida con los vi-

(1) *Se habla de aquellas feas que no espantan; no de una deforme espantosa..... .. ¡Oh que noticia tan consolatoria!*

cios jamas pueden hacerse tolerables, aunque se escondan bajo de un rostro hermoso. Conque, segun eso, será prudencia y conveniencia propia (este es el principio que no debes olvidar) de la muger, trabajar por ilustrar su entendimiento con la instruccion, y adornar su alma con las virtudes morales, cuyos medios son mas eficaces que la belleza de la cara para hacerla amable de los hombres sensatos, y conducirla á una felicidad sólida y permanente.

¡Eh! insensiblemente ya les he dado un rato de conversacion. Sigán ustedes ensartando su chaquirá. Diciendo esto, se retiró el coronel y las dejó solas.

¡Ah caramba, niña! ¡y qué tieso es mi tío! decía Pomposa. Mira qué sermon tan largo nos ha echado en tanto que el aire. ¿Qué siempre es así? Siempre, contestaba Pudenciana: mi papá no deja ocasion que no me instruya con buenos documentos y consejos. Dios se lo pague, y me lo guarde muchos años.—¡Ay, niña! ¿Pues qué te gusta que te estén sermoneando todo el día?—Como esos sermones se reducen á mi bien, no me enfadan; antes los agradezco como es justo.—Es verdad; pero lo harás tú que ya estás hecha. Yo como no estoy acostumbrada, no sé qué se me habia de hacer que me estuvieran predicando sin cesar.—Pues hermana, si no te gusta oír á mi papá, no vengas á mi casa, porque yo no le he

de decir que se calle la boca por no disgustarte. A mas, que la instruccion de ahora te la dijo á tí para que yo la entendiera. Le tengo bien comprendido su modo: así no creas que dirigió el sermon á tí.

Pero, despues de todo, proseguia Pomposa, mi tío es muy escrupuloso, muy tétrico y adusto: me parece que te tiene en un puño, y que te pasarás una vida de monja recoleta.—Pues te engañas de medio á medio, porque mi papá me quiere mucho, y tiene un genio muy dulce y muy afable, y me da gusto en cuanto quiero. Si vieras cómo me acaricia como si fuera una criatura de tres años; variarías de concepto, y aun te llenaras de envidia si lo vieras cuando estoy enferma. ¡Jesus! si es mucho. De un dedo que me duela, ya no sabe el pobrecito de papá qué hacerse conmigo. El me cura, me contempla y me chiquea con la mayor ternura. Yo fuera la hija mas ingrata del mundo si dejara de agradecer sus finezas. No tengo con que pagarlas sino con amarlo mucho, y dárselo á entender, obediéndolo en cuanto me manda: y esto lo hago tan de buena gana, como que conozco que nada me manda ni me aconseja que no sea por mi bien.

Pues entonces yo me habia engañado en pensar que te regañaba mucho, y te tenia muy oprimida; pero siendo como dices, haces bien de quererlo tanto. Lo mismo será mi tía, ¿no es verdad?—Lo mismo. Si

mi mamá es un terron de amores.—Así son mis padres, niña. En todo me dan gusto, decía Pomposa: no hay baile, tertulia, paseo, comedia ni fiestecita á que no me lleven: no hay moda en que yo no entre, y de las primeras: no hay amiga que no me consientan: no hay visita adonde yo no vaya: no hago cosa que no me alaben, y si hago algo malo, todo me lo sufren con prudencia. En fin, ellos me dan gusto en cuanto hay, y yo puedo decir que soy dueña de mi voluntad, porque hago cuanto se me da la gana, sin que jamas se me embarace; porque si alguna vez tiente el diablo á mis padres, y no quieren llevarme á algun bailecito, ó dejarme ir á una visita, ya yo sé el remedio: pongo mal modo, y no como en todo el dia; y si esto no vale, lloro; y si no me vale llorar, me fujo enferma, y entonces ya no saben qué hacer para consolarme; pero esto es muy de tarde en tarde porque como les doy tanta guerra, y les cuesta tanto trabajo contentarme, ya se guardan muy bien de incomodarme: y así yo los quiero mucho, como debo, pues tengo tanta confianza con ellos, como *ti* con mis tíos: aunque es verdad que no les hablo de *tú*; porque dicen que es mala crianza, y que los hijos deben hablar á sus padres de *usted* para que siempre les conserven el respeto.

Vaya, ese vestido me lo han certado á mí tus padres, dijo Pudenciana. Mis tíos sabrán lo que dicen;

pero, según papá, el respeto de los hijos á los padres consiste en la obediencia, no en el tratamiento, pues este puede ser en sí indiferente, y en caso de que sea lo mismo hablarles de *tú* que de *usted*, como en efecto lo es, mejor es hablarles de *tú*. Este tratamiento sin ser grosero inspira mas confianza: virtud necesaria en los hijos para amar á sus padres, y seguir sus consejos con firmeza. Entre los antiguos nunca se usó el *usted*. Todos se hablaban de *tú* lisa y llanamente, sin que por eso dejasen de respetar el hijo al padre, el criado á su amo, el esclavo á su señor, el vasayo á su rey, y todo súbdito á su respectivo superior.

La diferencia de tratamientos se ha introducido por la soberbia de los hombres; pero no por una necesidad, pues sin ellos sabrían hacerse respetar.

El tratamiento de *tú*, ciertamente que inspira mucha confianza; ¿pero de qué confianza no es digno un padre y una madre? Nuestros padres nos engendraron, nuestras madres nos concibieron y alimentaron en sus vientres, y nos han nutrido con su sangre: la de ellos circula en nuestras venas: tenemos su misma sustancia: somos unos con ellos mismos, y para decirlo de una vez, nuestro cuerpo es una parte del suyo. ¿Habrá cosa mas conecsa y de mas íntima relacion? No tiene tanta entre sí el marido y la mujer, y es corriente que se hablen y se traten de *tú*.

Todo esto dice mi papá, y en efecto, yo conozco que es una preocupacion ridícula el creer que es preciso que los hijos traten de usted á sus padres para que les conserven el respeto. Yo trato de tú á los míos, y á fé que no soy capaz de verlos disgustados un momento por mi causa.

Pero, por último, dime hermana, ¿á quién debemos tener mas respeto, á Dios ó á nuestros padres? seguramente me respondes que á Dios. ¿Y quién fué el mejor maestro de los hombres en todo, Jesucristo ó los mismos hombres? Jesucristo dirás. Pues Jesucristo nos enseñó á llamarle de tú cuando llamamos á Dios como padre. Conque mira qué fuera de razon van los que se escandalizan de que los hijos traten de tú á sus padres.

Dices muy bien, contestaba Pomposa; pero es fuerza que tú sigas la doctrina de tus padres, y yo la de los míos. Cada uno sabe lo que nos enseña, y á nosotros no nos toca sino seguir sus ejemplos y hacer lo que nos dicen que hagamos.

Estas conversaciones tuvieron mientras tejian un pedazo de cordoncito. A la hora regular comieron, durmieron siesta, y á la tarde llegó el coche para llevar á su casa á Pomposa. Esta le rogó á Pudenciana que no dejara de ir el juéves prócsimo; porque habia frasca, y se iba á celebrar el juéves de com-

padres, y queria que la acompañara. Quedaron en eso, y se despidió Pomposita de sus tíos.

Pero como no hay plazo que no se cumpla, llegó el juéves, y Doña Eufrosina envió á convidar al coronel y su familia para que fueran á su casa.

En efecto, fueron todos el juéves, no á la hora señalada, sino despues de almorzar; pero ¿cuál fué la sorpresa del coronel, de Matilde y Pudenciana al hallarse con la sala llena de gente, y á Pomposa en medio muy colorada, y hecha una víbora de rabia, con un papel en la mano diciendo: Los colegiales, sí, los malditos colegiales me han puesto por mal nombre *Quijotita*. ¿Qué me ven esos malditos de *Quijotita*? ¿Soy acaso loca, flaca, ni triguena como D. Quijote? ¿Soy hombre? ¿Tengo Rosinante? ¿Tengo escudero? ¿Acometo molinos de viento, ni hago ninguna fechoria como dizque hacia ese buen señor, que en paz descanse? ¿Pues por qué me han de llamar *Quijotita*? Maldito sea el que tal nombre me puso, y ojalá yo supiera quien fué, que me la habia de pagar, le habia de decir que era un grosero, malcriado, y se habia de acordar de mí para todos los dias de su vida; pero ya que no lo conozco, á lo menos les prometo que no ha de volver á pisar mi casa ningun colegial.

De esta manera se esplicaba Pomposita, hecha una furia, hasta que el coronel le dijo: Vaya, vaya: ¿qué

te han hecho los colegiales, que estás tan enojada con ellos? ¡Que me ha de suceder, tío, respondió Pomposa! ¡qué me ha de suceder! esos picaros, groseros, indecentes, me han puesto por mal nombre *Quijotita*, y me lo han dicho casi en mis bigotes.

Mire usted que atrevimiento. Este papel me dejaron esos condenados dentro del clave. Quien sabe cómo diantres lo pusieron sin que yo lo viera, y luego luego se despidieron y se fueron.

Decir esto Pomposa, y poner el papel en manos de su tío, todo fué uno. Entonces el coronel se sentó, y como había muchas personas de visita, lo hubo de leer en alta voz, y todos oyeron que decía ni mas ni menos como sigue:

Pomposa: aunque seas bonita,
Y aunque ves que te queremos,
No por eso dejaremos
De llamarte QUIJOTITA:
Y pues tu locura incita
A ponerte este renombre,
Ten paciencia, y no te asombre,
Que ya sea en prosa, ó ya en verso,
Diga todo el universo:
Quijotita sea tu nombre.

Acabó de leer el coronel: las visitas prudentes se sonreían, y las no prudentes soltaron la carcajada,

con lo que se puso de peor condicion Pomposa, y echando espuma por la boca decía: ¿qué dicen ustedes? no son infamias las de estos perros, malcriados, indecentes? ¿*Quijotita* yo? ¿Yo *Quijotita*? ¡Voto á mis pecados! Esto no es sufrible. ¿Qué me habrán visto de *Quijotita* estos malditos? Pero como vuelvan, yo les prometo que les he de decir cuántas son cinco, y los he de echar muy mucho noramala de mi casa.

Así se esplicaba la dolorida Pomposa, y por mas que hacian sus padres y las visitas por consolarla, diciéndole que ¡quién hacia caso de esas cosas! y que todo ello no pasaba de un mero juguete de muchachos, ella no se aquietaba, sino que con lágrimas y gritos repetía el nombre de *Quijotita*, y tanto, que no quedó ni un criado que ignorara el chiste y el nuevo dictado ó título de su ama, á la que despues no conocian por otro nombre entre ellos, á lo menos cuando esta los reñía con aspereza.

El coronel procuró que Pudenciana llevara á su prima Pomposa á la recámara, y cuando lo hizo, se levantó, fué adonde estaba, y le dijo: mira, no seas tonta: con esos gritos y escándalos que has dado, no has hecho otra cosa sino perfeccionar la obra de los colegiales. Ninguna necesidad habia de que todos esos señores y señoras que están en la sala hubieran sabido que te habian puesto ese nombre, si tú hubie-

ras visto el papel sola, y lo hubieras ocultado con disimulo, habrias frustrado los maliciosos designios de ellos, y todo se quedaria oculto; pero con tus alharacas no ha quedado perro ni gato que no sepa que te han puesto por mal nonbre *Quijotita*.

Aunque es una grosera y malvada costumbre el poner nombres, y aunque es fuerza que se incomode aquel á quien se le pone, es tambien cierto, que nadie puede agraviarnos sino hasta donde nosotros querramos que nos agraven. Muchas veces es mayor nuestra cólera que la injuria que nos hacen, y hay injurias que ni merecerian este nombre, si nosotros no las calificaramos de tales.

Es increíble el partido tan ventajoso que podemos sacar de tener tanta prudencia y cachaza para disculpar á nuestros semejantes. Estas palabras: *Inadvertencia, equívoco, chanza, tontera &c.*, valen un potosí para ahorrarnos de un sin fin de cóleras y pesadumbres al cabo del año, cuando las sabemos acomodar á tiempo.

Por ejemplo, si uno gasta conmigo una desatención, y yo no quiero incomodarme, la juzgaré como una inadvertencia de que todo hombre es capaz, y en este caso lo disculparé, y ya no me daré por sentido.

Lo mismo te hubiera sucedido á tí, si hubieras reflexionado en que los colegiales son jóvenes, ale-

gres, capaces de divertirse con un entierro, y de chancear con un anacoreta. En este caso, tú te hubieras reído y hubieras tratado de vengarte de ellos ingeniosamente y con secreto; pero como pensaste que atropellaron tus respetos y los de tu casa, y atribuíste á una grosería imperdonable su travesura, te incomodaste mucho, creyéndote no menos que infamada sin razon por una gente soez.

Mas ya se acabó todo, hija, ya se acabó: serénate, sal afuera, preséntate alegre como siempre en la tertulia, y no vuelvas á hablar sobre el asunto.

Algo se serenó Pomposa con los consejos del coronel; pero ya llegaron tarde: el daño estaba hecho y desde entonces comenzó á ser conocida entre todos por la niña *Quijotita*, lo que no habria sido si ella hubiera sabido disimular. ¡Qué cierto es que la prudencia lo compone todo, mejor que los gritos y los escándalos!

En fin, aquella mañana se pasó en bullas, brindis y alegría, á cuenta del bolsillo de D. Dionisio, pero se festejaron los compadres. A la noche se dispuso el baile, y á las diez se retiró el coronel con su familia.

CAPITULO IV.

Tan pequeño como interesante á los que lo leyeren.

No fueron suficientes las razones del coronel para calmar del todo la cólera á nuestra *Quijotita*. Cada

vez que se acordaba de su nuevo título y de la decimita que halló en el clave, rabiaba contra los colegiales y los llenaba de improperios. Sus espresiones escitaban la risa de los que la escuchaban, y cada risa aumentaba el enojo de Pomposa.

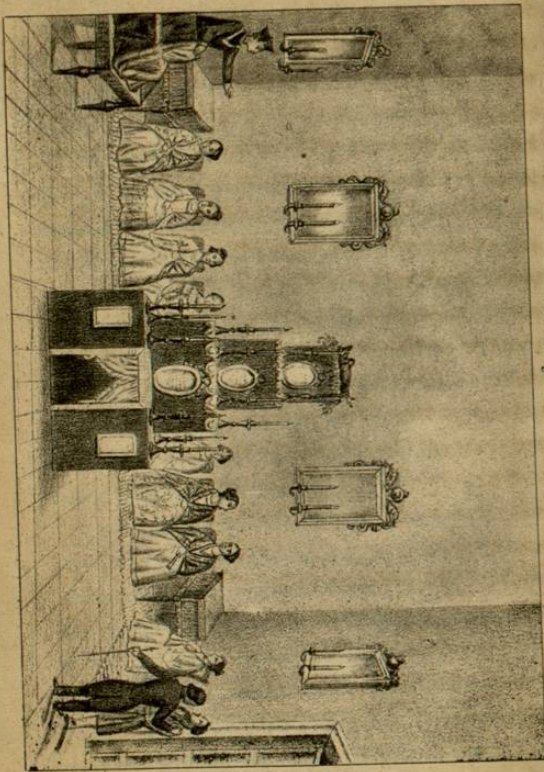
Tanto se le escaltó la bilis, que no solo se negó á tomar alimento, sino que se resintió su salud de tal modo, que como á la media noche le atacó un violento cólico, que puso en bastante cuidado á sus padres.

A la misma hora, á pesar de los fuertes aguaceros que por desgracia de los criados estaban cayendo, se repartieron todos estos en solicitud de médico y confesor. ¡Qué trabajo les costó hallar estos auxilios! Pero en fin, al cabo de mucho andar despues que calmó el agua, y por una dicha inesperada los encontraron y los llevaron á la casa.

El médico fué el primero que llegó, y de consiguiente el primero que se dedicó á cumplir con su oficio; pero con tan buena suerte de Pomposa, que con un ligero emético y otros remedios, calmó el dolor y se halló tan aliviada que lla no se juzgó necesario el confesarla, aun habiendo llegado el sacerdote, que al ver esto, no pudo menos que enfadarse y decir: vean ustedes: por estos chascos no quieren levantarse de noche muchos padres. Está uno en su casa acostado, enfermo ó sano, dormido ó despierto, y derrepente..... zas, golpes al zaguan. ¡Qué es

eso, qué se ofrece? Padre, por amor de Dios una confesion aquí cerca, que se muere el enfermo. ¡Eh! que pujando, que rezongando se resuelve uno á levantarse: sale á la calle, se espone á un aire frio ó á un aguacero como yo ahora, llega á la casa y se halla con que ya no se necesita confesor, porque todo ha sido un chiquieo de la señorita. Ustedes dispensen que les hable tan claro; pero siento que me hayan incomodado sin necesidad. ¡Bien hayan los padres que no se levantan de noche ni por Dios ni por sus santos, sino que despachan á sus parroquias á los que los llaman, por mas ejecutivo que sea el caso!

Todos se sorprendieron con el regaño del padre, y aun iba á satisfacerlo D. Dionisio, cuando el médico aborrándole el trabajo, le dijo: padrecito: ¿qué hemos de hacer? usted y yo estamos espuestos á semejantes lances por razon de nuestro ministerio. Yo tambien me he incomodado saliendo de mi casa. Es verdad, dijo el eclesiástico, pero á usted le pagan. —Y á usted tambien.—¿A mí quién me paga? ni aunque hubiera ignorante que me pagara, ¿cree usted que yo seria capaz de cometer tal simonia como vender el sacramento de la penitencia?—¡Ya se ve que no, padre mio! estoy muy lejos de presumir de usted ni de ninguno de su carácter tal esceso; mas á la primera pregunta que usted me hizo de quién le



La Zupercita

paga, digo que Dios le pagará cuantas veces se incomode por cumplir con sus obligaciones. Y por lo que á mi toca, no crea usted que soy un médico tan venal que solo me levanto de la cama cuando me promete mucho interés la visita. Yo cuando me llaman á deshora, me informo de los síntomas que le divierten al enfermo, y si conozco que el mal es grave, me levanto al instante, y vuelo á socorrerlo, sin meterme en averiguar donde vive, quién es, cómo se llama, qué empleo tiene ni otras menudencias para inferir si me estará bien ó no salir de casa, como me dicen que hacen muchos de mis compañeros, aunque yo no lo quiero creer de ninguno: pues este proceder es una falta de caridad, y no como quiera, sino una falta criminal: porque el que no socorre á su prójimo en necesidad grave, lo mata, y yo no quiero ser reo de mas asesinatos de los que cometa por mi impericia en mi facultad, aunque estos son involuntarios, pues estudio y hago todas las diligencias que están á mis alcances para aliviar á los enfermos, no siempre con fruto, porque los mejores médicos andan á tientas poco mas ó menos, y solo el Autor de la naturaleza sabe infaliblemente el modo como esta obra.

Peró dejando esto aparte, padre mio, ni usted ni yo nos hemos incomodado sin necesidad. Efectivamente esta niña estaba bien mala, y si los remedios

no le hubieran lacado el vientre, acaso se hubiera muerto antes de amanecer. La naturaleza obedeció á la medicina, ó porque los remedios la obligaron ó porque Dios quiso; pero esto no prueba que la enfermedad no fuera grave. Todo dolor agudo puede ser pronóstico de muerte, si no cede á los medicamentos. Los dolientes de un enfermo ni pueden dirigir los remedios, ni prevenir la calidad del mal: y así hacen muy bien en implorar en estos casos los auxilios espirituales y corporales, y el médico ó el confesor que se negare á impartirlos, es en mi juicio un reo de eterna condenacion: pues si el paciente por falta de socorros perece en esta vida ó en la otra, ó en ambas, no sé como se disculpará para con Dios ante quien se hila muy delgado.

Estas y otras cosas que dijo el médico, impusieron al confesor de modo, que abrazándolo dijo: gracias, amigo, gracias: usted me ha dado una leccion que me recuerda mis obligaciones. Desde hoy en adelante ya no se me olvidará que el alma que se pierda por mi causa me ha de hacer eternos cargos. No volveré á despachar á ninguno á su parroquia: sé que como sacerdote tengo amplias facultades para abrir el reino de los cielos á cualquier pecador que acuda al asilo de la penitencia. Me escandalizaré de cualquier compañero mio que en igual caso que el presente regatee este auxilio á los fieles, por quienes

Jesucristo derramó su sangre con toda liberalidad. Ustedes, señores, dispénseme, que yo protesto la enmienda.

D. Dionisio y Doña Eufrosina procuraron complacer al confesor y al médico del mejor modo que pudieron, y se concluyó este acto interesante.

CAPITULO V.

En el que se trata de la historia de Irene.

No todos han de ser disgustos en esta vida; algunos ratos se han de consagrar á la alegría, y mas cuando hay quien nos atice como Doña Eufrosina que se empenó con Welster, pasados los dias de luto, para que tuviera un dia de diversion en su casa.

El anglo-americano, que era muy político, no quiso que se pensara de él que era misántropo ni mezquino; y así dispuso el dia de frasca que apetecia Eufrosina, porque muchas veces los hombres hacen algunas cosas contra su gusto, por condescender con ajenos respetos.

En efecto, se citó este dia deseado de Eufrosina y sus amigas, convidando Welster á unos por ceremonia y á otros por amistad, como lo hacen todos en tales casos.

Entre los convidados por amistad, fueron el señor Labin, el coronel y su familia, el cura D. Jaime y otros. Carlotita se presentó ese dia con todo aquel lujo que le correspondia en su clase, sin degenerar en profano, porque no es necesaria la indecencia en las mugeres bien nacidas para parecer mas hermosas de lo que son; mas para parecer coquetillas les es indispensable el descoco y la desnudez.

Jacobo Welster era muy fino y poseia la ciencia del mundo, ciencia útil y necesaria á todos; pero que no todos saben manifestar. El y su esposa recibieron y trataron á sus convidados con la mayor atencion y generosidad, sin particularizarse con ninguno donde pudieran ser notados del comun de los concurrentes.

En esto me dieron una leccion apreciable de sociedad, y me proporcionaron un lugar para murmurar á aquellas gentes, que cuando tienen una diversion en su casa, hacen distinciones groseras entre los convidados, dedicándose á obsequiar á los mas ricos con visible desprecio de los que no lo son, aunque estos sean sus antiguos amigos y á quienes han merecido mas cariño y mas favores.

Estas cuitadas personas, todas se atrojan, y no sabiendo cómo cumplir con las leyes de la adulacion y de la amistad, faltan á las sagradas que esta prescribe, por llenar las viles que aquella impone.